

Revisión de la Constitución

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

Admirar lo admirable

Ante el cúmulo de ofensas que desde hace años está recibiendo del personal gobernante, el pueblo español demuestra tener, más que paciencia o tolerancia, una insospechada capacidad de encaje, un potencial de aguante tan impresionante como el alcanzado por el pueblo italiano, al que estamos a punto de superar. Es como un recipiente elástico, como un viejo pellejo de vino al que ninguna última gota de amargura pudiera hacer rebosar. Si no fuera porque ya sabemos que ha sido cuidadosamente preparado, durante cuarenta años, para recibir desaires del poder y no darle aires; si no conociéramos el duro entrenamiento de rodillas al que estuvieron sometidas las dos generaciones de la victoria; si no contáramos con su educación infantil, transmitida de padres a hijos, en la moral del libertario Epicteto, podría pensarse que la potencia del pueblo español para recibir agravios sin inmutarse es milagrosa. Como en ciertos combates de boxeo, es el pegador quien, de tanto repartir mamporros sin recibir muestra o acuse de recibo, parece pronto a caer sin aliento en la lona. La piedad la despierta el loco pegador. No el estólido encajador.

★

He oído estos días palabras de admiración hacia la capacidad de resistencia del amo que aplica sin descanso el látigo de las siete colas a sus esclavos. Y notado cierta decepción ante su promesa de suspender el castigo al entrar la primavera. Comprendo que el espectáculo no carece de grandeza y que la sola idea de su interrupción sea motivo de desasosiego para muchos. Pero yo no he podido evitar al oírlos, tal vez a causa de mi deformación profesional, una desagradable sensación de injusticia hacia la muy superior capacidad de resistencia de los esclavos, y hacia la estimación que merece el inigualable estoicismo del pueblo. Lo digno de admiración, creo yo, no es dejarse llevar por las pasiones de poder, de gloria y de miedo que conducen la mano de quien azota a los demás, para imponerles la ley de su egoísmo. Eso es algo humano y comprensible, que muchos otros están ya dispuestos a emular. Lo que de verdad despertará la admiración, y tal vez la incredulidad, de las generaciones venideras es la inhumanidad de la capacidad de aguante al castigo, la moral de superioridad de que hacen ostentación aparatosa las generaciones presentes, ante el pobre amo lleno de temor que las azota.

★

Los que teorizamos, es decir, los que miramos el espectáculo sin participar en él, tenemos la obligación de testimoniar, ante los futuros historiadores, en qué fuente bebe esa moral de superior resistencia del esclavo sobre el amo que lo castiga sin razón, cuál es el resorte moral de tan descomunal potencia pasiva del pueblo español. Porque los que no dominan el arte de teorizar lo que sucede ante sus ojos, suelen dejarse llevar por la impresión de la apariencia o los prejuicios establecidos. El pueblo español no se merece recibir, además de lo que está recibiendo de su amo, un juicio despectivo. Porque no hay aquí un fenómeno social de masoquismo, ni de propensión racial a la abnegación y sacrificio. Su falta de reactividad tampoco se debe a que no tenga defensor del pueblo o jueces humanitarios. Los hay demasiado comprensivos. La explicación es enaltecedora de las virtudes patrias. El español sabe distinguir, como todo pueblo sabio, entre las cosas que dependen y las cosas que no dependen de su voluntad. Persigue con violencia las primeras y las consigue: jugar en primera división, impedir traslados de archivos, correr delante de los toros, romper cristales en defensa del puesto de trabajo, acallar a las víctimas de asesinatos comunes. Y deja de afanarse por las segundas: mal gobernante, mal legislador, mala justicia, tortura y asesinato de Estado, robo de fondos públicos, espionaje de la vida privada, tráfico de influencias. A diferencia del amo malo, el esclavo bueno no se deja encadenar por los apetitos de cosas exteriores, cuyo logro no depende de su voluntad. Como la de liberarse del amo aterrorizado que lo apalea.

TRIBUNA LIBRE

De jóvenes y radicales

[JAVIER SADABA]

NO se puede decir que los jóvenes radicales que actúan en diversas zonas del territorio nacional no son un grupo homogéneo. Entre otras razones porque unos actúan esporádica e intermitentemente mientras que otros actúan de modo permanente y más o menos articulados. Los jóvenes de Jarrai por ejemplo, pertenecen a esta segunda clase.

Por eso, creo que es un error dar una explicación general, recurrir a claves que darían razón de todo un fenómeno juvenil al margen de su estructura, sus ideas o sus actuaciones. No es lo mismo, repito, asaltar un ayuntamiento porque se ha suprimido o se ha reducido un encierro que romper los cristales de un banco en protesta por la detención de un compañero o en protesta pura y dura contra la Policía. Como no es lo mismo esto último que una sentada pacífica a favor de la insumisión.

En cualquier caso, rompedores, asaltantes o airados, son de la misma generación, están sometidos a problemas similares y viven —¿quién lo negaría?— en un país en el que la vida política es inestable, improvisada, dependiente y sumamente tosca. Como viven en un mundo, el llamado con mayor o menor precisión, posindustrial, en donde la carencia de conte-

nidos ideológicos se suple, emocionalmente, a través de los vínculos al grupo en cuestión. A falta de una política convincente, en una ciudad anónima y de laberinto que se disuelve en cada individuo, el grupo es el lugar de cohesión.

El Estado queda demasiado lejos mientras que el individuo flota aislado. Si el sociólogo y filósofo Durkheim levantara la cabeza podría decir que apuntó, ya en términos conservadores sin duda, este fenómeno.

Pero aparte del hecho general,

«Ser radical,
como escribó el
clásico,
es coger las
cosas por la
raíz»

conviene detenerse en lo que viene sucediendo últimamente en Euskadi.

Nada mejor que señalar una serie de características para, después, sacar alguna conclusión, si ello es posible.

En primer lugar, y centrándonos en los jóvenes que se mueven alrededor de Jarrai

(Jarrai quiere decir «continuar» y se encuadra dentro de KAS) lo primero que hay que decir es que son muchos. Muchos quiere decir, proporcionalmente muchos y aunque es difícil dar una cifra precisa se puede hablar de miles.

Se trata, además, de un movimiento sumamente influyente. No ya porque sus actividades se noten o requieran la intervención contundente del poder sino porque influyen, directa y decisivamente, en todo el movimiento abertzale.

En Euskadi se da el hecho curioso de una juventud que se impone, prácticamente en todos los campos, a los que, por experiencia, deberían tener más peso.

Los jóvenes de Jarrai son «atípicos», o lo que es lo mismo, no se trata, sin más, de marginales, parados o desclasados sino de jóvenes bien normales, estudiantes, algunos con éxito, y procedentes de familias medias. Es cierto que también se dan los primeros pero ya la combinación no deja de ser atípica.

Añadamos que esa juventud no es, necesariamente, una radicalización nacionalista (por otro lado, cada día me fio menos de los que usan el término como si se tratara de una quincalla de la que sacan lo que les interesa. Por no hablar de aquellos que prefieren al nacionalismo «el patriotismo de la Constitución»). ¿Habrà palabra más viciada que la de «patriotis-

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. No se devolverán originales ni se mantendrá comunicación con el remitente. Las cartas deberán incluir el número del DNI y la dirección de quienes las envíen. EL MUNDO podrá dar contestación a las cartas dentro de la misma sección.

El Viaducto, Mr. Director

Cuentan que «es mejor arder de una vez que apagarse lentamente» fue la despedida empleada por las dos jóvenes que se lanzaron desde el Viaducto en la noche del pasado 24 de septiembre. La frase pertenece a la canción *Hey, Hey, My My* que abría y cerraba, en dos versiones diferentes, el disco *Rust Never Sleep*, una obra maestra creada a finales de la década de

los setenta por el compositor y cantante canadiense Neil Young.

No es ésta la primera aparición trágica de la creación de Young. En abril de 1994, Kurt Cobain, líder del grupo Nirvana, se suicidaba de un disparo en la cabeza en su domicilio de Seattle. En la carta de despedida, junto a un adiós estremecedor a su mujer y a su hija, figuraban las mismas fatídicas palabras como endeble y desesperada explicación. En un trabajo posterior, *Sleep With Angels*, el propio Neil Young rendía homenaje a Cobain y se lamentaba implícitamente de la triste influencia de lo que sólo fue concebido como unos minutos de electricidad, energía y reconocimiento al punk.

Leo que, antes del salto definitivo, Cristina y Susa-

na habían entregado a sus amigas unos discos compactos y unas zapatillas y que la última película que habían visto juntas era *Thelma y Louise*. Adivino un consuelo de copycas rock para torturas adolescentes, una confusión de místicas y guitarras para unas pobres muchachas que pasaban alguna tarde en el barrio de Aluche. Una nueva intrusión de la heroicidad del pop en el gris día a día de los que nos movemos en la poco brillante realidad de la calle.

No son escasos los coqueteos del rock con la muerte. Grupos como Rolling Stones, Grateful Dead, Stranglers o Dead Kennedys se han apoyado de una u otra forma en una iconografía y unos mensajes que establecían abundantes contactos con el más allá. Por otra parte,

los músicos que han desaparecido prematuramente han sido mitificados y, en ocasiones, conscientemente explotados por unas compañías que encontraban en su desaparición un magnífico aliado para incrementar sus ventas. Casos como los de Jimi Hendrix, Jim Morrison, John Lennon o el propio Cobain son ejemplos que hablan por sí solos. En nuestro país la muerte de Antonio Flores encumbró su última grabación hasta el primer puesto de las listas, donde se mantuvo durante semanas.

Todos estos argumentos sirven de poco cuando se ven las fotos y se conocen los hechos. Familias destrozadas, amigos perplejos, cuerpos rotos antes de atisbar su plenitud. Una triste realidad cuando la música es también,